

¡¡¡POR FIN!!!

Por fin vamos a tener en Cartagena un diario católico. Tantos años deseando y trabajando esto, y gracias a Dios ha tenido ahora feliz éxito.

Desde 1.º del próximo Octubre será «El Eco de Cartagena» el diario católico por todos anhelado y sus nuevos propietarios propiense introducir en él importantes mejoras. Nuestra enhorabuena.

La guerra de la paz

La guerra de la paz, o sea la guerra que se hace en tiempo de paz, aprovechando precisamente la dulce tranquilidad del hogar, las horas suaves de los días de ventura, los cielos rientes de las patrias libres, los lustros radiantes de las eras de gloria, para más lalina y solapadamente corromper y más de soslayo herir y matar, sin que sea posible ninguna defensa.

¿Hay algo más terrible que es?

¡La guerra, la guerra! ¿qué es la guerra? Campos de soledad. Frentes de batalla de cientos de kilómetros. La vida en las trincheras, zonas malditas que sepultan en revuelta confusión a vivos y a difuntos. La vida en los aires a punto de caer en el abismo.

La vida en el mar, sobre las aguas, esperando el torpedo que hunde; la vida bajo las aguas, cabe la inmensa losa sepulcral de los océanos. La vida dando la última boqueada, por la granada que estalla, por el el tiroteo sangriento de trinchera a trinchera, por los duelos incesantes de artillería, por el aire que asfixia, por el frío que hiel la sangre, por el granizo que azota los cuerpos, por la nieve que sepulta, por el sol canicular que diezma los ejércitos, por la peste que siega unidades enteras, que avanza en compacta formación, por el hambre que se adueña del vencido, por la sed que consume al vencedor, por la miseria que se entroniza sobre vencedores y vencidos, por la muerte que se columpia, triunfal, sobre el inmenso osario abierto, antiguo campo de batalla.

Treinta años ha, para producir una baja al enemigo, se necesitaba una cantidad de metralla equivalente al peso de un hombre, hoy son precisos tres mil kilos de metal ardiente. Antiguamente moría algunos cientos y a lo más algunos miles, hoy perecen a miles y a millones. Antes la guerra tenía sus treguas y un territorio; hoy no hay treguas ni territorio fijo. Es todo el mundo que lucha, o recibe las convulsiones epilépticas de esa lucha de gigantes; y se lucha sin descanso de día y de noche, en tierra y en el mar y en

los aires; los continentes son asediados, y los mares, aquellos bellísimos mares azules de otro tiempo, sobre cuyas ondas tranquilas se espejaban los cielos son terriblemente bloqueados.

Eso es la guerra, ¡en la guerra!

Pero la guerra fatalmente tiene su término y por largos y recios que hayan sido los combates, se estrechan, al fin, los combatientes, en común abrazo de la reconciliación; y vuelven las naves a surcar todos los puertos; se levanta lo caído, y pronto el pueblo, mermado y pobre, se yergue altivo y recobra, con el trabajo, el temple bronco de las razas fuertes, el empuje gallardo y brioso de los pueblos que resurgun. ¡Después de la guerra: la paz!

Mas hay otra guerra propia del tiempo de paz, superior a esa guerra cruenta que desangra los cuerpos, y es la guerra incruenta que sepulta los espíritus; esta lucha tenaz e invisible sostenida por el periódico, supervivencia de aquella antigua lucha paradisíaca entre el ángel caído y el hombre a punto de caer, acomodada a los hombres de ahora, actualizada por los modernos descubrimientos de la época aplicada al medio con diabólica astucia.

En el Paraíso, el demonio habló bajo la forma de serpiente, en la actualidad, los periódicos repiten, con los acentos de todas las lenguas, todas las palabras de maldad y de mentira. Observad cómo piensan y saben (?). Son muchos los que acechan, y uno—el lector—el prevenido; numerosos y fuertes los que atacan, uno y débil el que resiste; son legión los que matan, y uno, el que muere; y así, de uno en uno sucumben todos. Esta es la historia visible de las luchas invisibles sostenida por la prensa contra los que leen; más aún, contra los que sólo curiosoan el periódico malo.

¡Ah!, si se pudiesen contar las luchas invisibles librada entre la conciencia y el periódico, y se pudiesen saber los desastres fatalmente seguidos a esas luchas; como el huracán que deshoja en un momento las copas de los árboles centenarios, así el periódico desflora, en poco tiempo, virtudes milenarias de generaciones.

Pero el mundo, es mundo, y mientras tiene ojos para ver los males del cuerpo, no los tiene para mirar los males del espíritu; y, mientras tiene voz en su garganta y aire en sus pulmones para gritar a los ejércitos enloquecidos en la lucha, ¡paz, paz!, no tiene aire ni voz para lanzar el grito de guerra a esa falsa paz del periódico nocivo que corrompe el alma de los hombres y el espíritu de los pueblos. Y mientras todo tiene trabas y cortapi-

sas, el periódico vive a sus anchas como quiere, y donde quiere y en todas partes encuentra tierra libre y espacio, calles libres y ciudades abiertas.

Bueno es que lo sepáis: Hay un recinto sagrado, inviolable, único en el cual no entra nadie, ni el médico, ni el alcalde, ni siquiera el rey, sino abris vosotros las puertas: es vuestra casa. Sólo la luz artificial, remedo de la luz del cielo, y el agua, luz diáfana de la tierra entran sin llamar. Todo lo demás queda fuera. Hay una excepción, el periódico, el cual se cuele todos los días por una rendija cualquiera de vuestra casa humilde, del grueso de una hormiga al introducirse, pero una vez dentro, se yergue, se crece, se dilata, se posesiona de los primeros puestos y se empina sobre vuestro pensar y vuestro sentir, es vuestro rey, y por una ley no escrita ni promulgada, pero universalmente seguida, a él se sujetan todos los hogares. Y ¡ay del hogar que no declare guerra a ese falso rey! Y ¡ay de los pueblos, y ay de las naciones que le admitan en su seno!

Enhorabuena que queráis la paz, pero no la paz del charco, laborando la peste; no la paz de la bomba, prendiendo la mecha, no la quietud del cementerio, albergando la muerte; no la paz de la paz, momentos antes de darse la consigna de guerra, porque esa paz es la antesala de la muerte.

Si queréis paz, luchad. En la lucha de las ideas quien no vence es vencido. Y si dejáis, como ahora, el campo libre al enemigo, tenedlo siempre presente: esa paz vuestra tiene un límite: después de la paz, la guerra.

RICARDO ARAGO

España puede ser todavía una gran Nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana; comprando o conquistando a Gibraltar, tarde o temprano, y extendiéndose por la vecina costa de Africa. Pero también puede quedar reducida a nulidad vergonzosa, ejecutándose en todo o en parte, aquel antiguo pensamiento de los Bonapartes, que era traer al Ebro la frontera francesa, y dando a Portugal la Galicia, repartir la Península entre dos Coronas casi iguales en poderío.

La sabiduría del Trono, el patriotismo de la Nación, el espíritu de libertad y de gloria, pueden lograr lo primero. La torpeza de los que mandan y el envilecimiento de los que obedezcan pueden traer nos a lo segundo.

ANTONIO CÁNOVAS.

(Apuntes para la Historia de Marruecos.)

A INGLATERRA

Sobre el Peñón que detentaste un día, cual trono de tu orgullo te levantas, al escarnio exponiendo de tus plantas el noble escudo de la patria mía.

Victima por doquier de tu falsía, lora ella ruinas de victoria cantas, y pones siempre a sus empresas santas el veto de tu inica tiranía.

Mas ya tu Imperio ves roto y maltrecho; ya de tu trono a descender empiezas desahuciada, de España con derecho.

Fué un indigno botín de tus proezas, ya España ha de volver: en ese Estrecho no caben juntas vuestras dos grandezas.

R. SANCHEZ MADRIGAL

¿Lerroux, presidente de la república catalana?

Tomamos de «El Diario de Valencia»:

«Hemos recibido la siguiente carta de París, que insertamos sin comentario alguno. El lector hará lo que le plazca. Dice así:

París, Agosto de 1915.

Señor director: Como aquí no llegan sino periódicos francófilos, no sé si algún diario español publicó algo respecto al titulado Congreso de naciones «irredentas», que tuvo lugar hace como dos meses.

Por si acaso, ahí van algunos datos:

Estaban representadas en él Bohemia, Polonia, Trieste, Tirol, «Cataluña», etc., etc.

Lo presidió el diputado Mr. Painlevé, ministro del Instituto de Francia, del partido radical y político influente.

El representante de Cataluña, un señor N. N. contaba después de las sesiones del citado Congreso, en el café de Madrid, que Mr. Painlevé lo había felicitado; y al mismo tiempo felicitaba a la «nación catalana», por su decisión, agregando al final:

«Il faut attendre que le premier president de la republique Catalogne será notre ami Mr. Lerroux.»

No agrego ningún comentario. Esto dará tal vez la clave del francofilismo del patriota hispano francés señor Lerroux.

Hace pocos días anduvo por aquí, siempre en conciliábulos con la gente del poder.

Hay que notar que en el dicho Congreso no figuraban representantes de Egipto, India, Islas Malvinas, Tonkin y otros que en rigor debieran ser de la reunión.

Conque si no lo sabían ustedes ya lo sabon. Mr. Lerroux aspira a manejar Cataluña, independiente y republicana. Se ve que está empeñado en hacer felices a los catalanes y a sí propio.—Neutral.»

Pablo Iglesias contra la Virgen del Pilar

¡Acombráos, lectores! El «austero» don Pablo, él por algunos llamado «re-